

tanta perfección, que estuvo mucho tiempo sin hablar á nadie.

San Limno era de avanzada edad, cuando se puso bajo la dirección de san Marón, á cuyo lado hizo grandes progresos. Movido despues por un ardiente deseo de imitar su penitencia, se trasladó á una montaña inmediata á la aldea de Targalo, y en lugar de construir una celda, se encerró en un recinto formado con piedras, y cuya puerta tapó con tierra. A ejemplo de su maestro, se condenó á vivir al aire libre, expuesto noche y dia á las inclemencias de las estaciones. A pesar de esto, le buscaban innumerables personas para aprovecharse de sus instrucciones, que les daba por una pequeña ventana ; pero abrió su puerta á Teodoreto que vino á visitarle, y con este motivo penetraron al mismo tiempo muchas personas deseosas de escuchar más de cerca sus celestiales avisos. Este prelado asegura que obraba muchos milagros, de alguno de los cuales fué testigo ocular. Se sirvió de este don para curarse á sí mismo en dos ocasiones, en que se dejó ver su invencible paciencia y la fé viva de que se hallaba animado. Hallándose un dia molestado por un fuerte cólico, y mordido en otra ocasión por una víbora, no empleó otro remedio que la oración y el signo de la cruz, con el cual quedó enteramente curado.

Su caridad le hizo construir dos habitaciones al rededor de su estrecho recinto, en donde hospedaba á algunos ciegos, á quienes alimentaba con las limosnas que recogia, á la vez que cultivaba sus almas con sus instrucciones, y les excitaba á cantar las alabanzas divinas. Hacía treinta y ocho años que vivia de esta manera, cuando Teodoreto escribía lo que acabamos de exponer. Los griegos honran su memoria el 22 de febrero, juntamente con la de san Talaso, su primer padre espiritual.

LOS SANTOS EUSEBIO, JUAN, MOISÉS, ANTIOCO, ETC.

Muy poco dice Teodoreto de estos santos solitarios, por lo cual trataremos en un solo capítulo todo lo que á ellos se refiere. Dice de Eusebio, que murió de muy avanzada edad : que sus trabajos igualaron á sus años, y que su virtud igualó á sus trabajos. Este Santo comenzó sus primeros ensayos de vida monástica en una comunidad compuesta de excelentes religiosos, distinguiéndose por su ciega obediencia. Su docilidad le hizo estar enteramente sometido á la voluntad de sus superiores, los cuales le formaron en la ciencia de los santos, y le hicieron caminar á grandes pasos por la senda de la virtud.

Despues de unos progresos tan felices como rápidos, Dios recompensó su fidelidad imprimiendo en su corazón un ardiente deseo de practicar el dulce reposo de la vida de los anacoretas, y un atractivo irresistible á la oración. Para ello se retiró á una montaña no muy lejos de la aldea de Asica, escogiendo para su morada una fosa descubierta, que rodeó con una muralla de piedras secas. Allí, sin otra techumbre que el cielo, y vestido con un hábito de pieles, añadió á los rigores del frio y á los ardores de un sol abrasador una abstinencia en extremo rigurosa, no alimentándose más que de legumbres, y esto en muy reducida cantidad.

Continuó este género de vida hasta muy avanzada edad, y las austeridades estenuaron hasta tal punto su cuerpo, que parecia un rígido esqueleto, y si se tenia en pié, era porque su piel estaba enteramente pegada á su hábito.

Se habia retirado á la montaña, para entregarse más fácilmente á la contemplación de las cosas celestiales, que formaban todas las delicias de su corazón; pero aún en este lugar apareció su virtud cual fulgente antorcha, que se vé desde más lejos, á medida que más se eleva, y atrajo á muchas gentes ávidas de escuchar de su boca instrucciones dignas de la estimación que su piedad le habia grangeado. No pudo en un principio estar tan solo como deseaba, sino que se veia obligado á recibir á muchas personas, á las cuales dirigia sabios consejos, basados en las sagradas Escrituras, despidiéndolas despues para entregarse nuevamente á la oración.

Pero queriendo librarse poco á poco de estas visitas, que le eran muy enojosas, por lo mismo que le distraian de la contemplación, tapó con una grande piedra la puerta de su celda, no dejando en la muralla más que un pequeño agujero, por el cual respondia á los que venian á verle, y por donde le daban su frugal alimento. Sólomente Theodoreto penetró en su reducido albergue, y con él trataba familiarmente.

Por grandes que fuesen sus precauciones para alejarse del mundo, no pudo evitar que muchas personas vinieran á pedir sus consejos y su bendición. Esto le determinó á abandonar aquel lugar, y aunque muy anciano, se retiró á un monasterio inmediato, escogiendo para morada una fosa que hizo en un rincón en donde continuó el mismo género de vida que hacia en la montaña. El superior de este monasterio, personaje, dice Theodoreto, muy recomendable por sus virtudes, asegura que pasó toda la cuaresma sin comer más que quince higos.

Por último, despues de tantos trabajos sufridos con tan heroica paciencia por amor de Dios, estando su cuerpo agoviado por el peso de los años, mientras que su espíritu conservaba el vigor de la juventud se encontró al

fin de su vida, que habia consagrado al amor de Dios y á la contemplación de su bondad infinita. Murió antes del año 440, pues Theodoreto que escribia su historia en este tiempo, dice que murió poco tiempo antes, á la edad de más de noventa años. Los griegos celebran su fiesta el quince de febrero.

Los bienaventurados Juan, Moisés, Antioco y Antonio, por más que vivian en parajes muy retirados, estaban animados del mismo espíritu, y practicaron las mismas austeridades. Así es que los griegos no los han separado en su fiesta, que celebran el 23 de febrero. Estos consideran á Juan como discípulo de san Limno, y á los otros tres como discípulos de Juan. Vivía éste al aire libre en una roca desnuda y descubierta por la parte del norte, lo que no sólomente hacia que fuese muy fria, sino que estuviese expuesta á los furores del Aquilón. A esta morada tan difícil de soportar, es preciso añadir los más rigurosos ayunos y las cadenas ó pesadas masas de hierro que llevaba este santo hombre en su cuerpo, bajo un hábito de pieles, que servia de lección de penitencia á todos los que le veian. El temor de gozar de algún consuelo humano le hizo cortar un almendro que le proporcionaba alguna sombra, y recreaba su vista. Mientras más se privaba de toda satisfacción pasajera, tanto más su alma, elevada sobre todas las cosas sensibles, gustaba de las dulzuras de la oración y del sagrado comercio con Dios.

Sólomente sabemos de Moisés que vivia en la cumbre de una montaña que dominaba á la aldea de Rama: que Antioco vivia en otra montaña desierta y expuesta, como la de san Juan á las injurias del aire, en una pequeña porción de terreno rodeado de muros, y que Antonio, aunque de avanzada edad, conservaba todo el ardor de un jóven para entregarse á los laboriosos ejercicios de la penitencia. Theodoreto dice de ellos en general, que eran enteramente iguales en el hábito, en el alimento, en la vivienda y en sus

oraciones y trabajos: que todos ellos llegaron á una edad muy avanzada, sin que la debilidad del cuerpo, inherente á ella, disminuyese en nada su fervor y su constancia en el deseo ardiente de agradar á Dios y de sacrificarse por su gloria. Todos estos santos vivían en el año 440.

Había dos solitarios llamados Maris, el uno, sacerdote y monje en una de las diócesis de Apamea, y á quien san Juan Crisostomo escribió desde su destierro una importante carta, y otro de quien habla Teodoreto en el capítulo XX de su *Historia religiosa*, y al que colocan los griegos en sus *Menólogos* el día 25 de enero. Este último entró en el desierto siendo ya de madura edad; pero todo el tiempo que vivió en el mundo, practicó la virtud de un solitario. Esto es tanto más de admirar, cuanto que tenía una arrogante figura y una voz tan hermosa, que el pueblo gozaba oyéndole cantar en las fiestas de los mártires. Pero la pureza de su alma era una voz aún más armoniosa, que penetraba los cielos, y ofrecía á Dios un tributo de alabanza que le era muy grato. Aunque expuesto por sus prendas naturales á los peligros del mundo, supo preservarse de su contagio, pues no le movía otro fin que la piedad y el amor de Dios. Conservó la castidad con especial esmero, y á la edad de noventa años confesaba á Teodoro, con tanta verdad como sencillez religiosa, que se hallaba, por la gracia de Dios, tan puro como el día en que nació.

El siglo no era digno de poseer tan rico tesoro. Maris aspiraba á la penitencia de los anacoretas, cuyas virtudes había imitado en la vida secular, y para ello se retiró á las inmediaciones de una aldea de la diócesis de Ciró, llamada Homero, y se encerró en un pequeño edificio, en extremo húmedo y malsano, en donde pasó los treinta y siete años restantes de su vida, sin que pensase nunca en habitación más cómoda: pues asegura Teodoreto que en el invierno manaba el agua por todas partes.

Añade este autor que con los trabajos aumentó su virtud, y que en su sencillez, y dice que detestaba con toda abominación la doblez y el disimulo, y que amaba la pobreza, y que hasta profesado, más que todas las riquezas del mundo. A la edad de noventa años llevaba todavía un hábito de tres de cabra, y no se alimentaba más que de un poco de pan y de sal.

Este autor podía hablar con toda certeza, pues le visitaba frecuentemente, y era recibido por él con señales de amistad y gran respeto. Sus conversaciones no versaban nunca sobre cosas mundanas, sino sobre asuntos piadosos. Un día se manifestó María que hacía mucho tiempo que no había visto celebrar el santo sacrificio de la Misa, y le rogó que le hiciese en su celda. Se levantó una cruz, enviando para ello por varias especies á una iglesia inmediata, y en lugar de altar se usó de las muras de la celda, que le administró. Experimentó con este modo cómo esta especie de comunión habia entrado en el mundo, y se alegró de haber tenido en su vida un momento tan grande. Murió antes que Teodoro escribiera su historia, y cree Bulteau que fue hacia el año 430.

RELIGIOSAS DE SIRIA

Hemos hablado en otra parte de una santa abadesa, llamada Pabbia, que gobernaba en Antioquia una comunidad de monjes en tiempo del emperador Juliano el Apóstata. Otras muchas piadosas mujeres quisieron imitar al fervor

Teodoro, san Basilio y los Bolandistas.



Jug. G. Audouin del. Paris.

Religieuses de Syrie.
Nonnes Syriacas.

Tom. II. p. 102.

Tom. 5

Añade este mismo autor que con los trabajos aumentó su virtud. Alaba mucho su sencillez, y dice que detestaba con todo su corazón la doblez y el disimulo, y que amaba la pobreza evangélica, que había profesado, más que todas las riquezas de la tierra. A la edad de noventa años llevaba todavía un hábito de piel de cabra, y no se alimentaba más que con un poco de pan y de sal.

Este escritor podía hablar con toda certeza, pues le visitaba frecuentemente, y era recibido por él con señales de amistad y gran respeto. Sus conversaciones no versaban nunca sobre cosas inútiles, sino sobre asuntos piadosos. Un dia le manifestó Maris que hacía mucho tiempo que no había visto celebrar el santo sacrificio de la Misa, y le rogó que lo hiciese en su celda. Se concedió esta gracia, enviando para ello por vasos sagrados á una iglesia inmediata, y en lugar de altar se sirvió de las manos de los diáconos que le acompañaban. Experimentó con ello tanto gozo este anacoreta, que se imaginaba haber entrado en el cielo, y aseguraba no haber tenido en su vida un consuelo tan grande. Murió ántes que Teodoreto escribiese su historia, y cree Bulteau que fué hacia el año 430.

RELIGIOSAS DE SIRIA ¹

Hemos hablado en otra parte de una santa abadesa, llamada Publia, que gobernaba en Antioquía una comunidad de vírgenes en tiempo del emperador Juliano el Apóstata. Otras muchas piadosas mujeres quisieron imitar el fervor

¹ Teodoreto, san Basilio y los Bolandistas.